

El pulso herido

Daniel Herrera

El pulso herido

Daniel Herrera



Edición limitada y numerada de 300 ejemplares



Autor:

@Daniel Herrera

Ilustraciones:

@Andrea López Montero

Edición:

Piezas Azules, editorial independiente.

Han participado en la edición de este libro Patricia Lodín, Daniel Agudo y Andrea López Montero.

piezasazuleseditorial.com

piezasazules@gmail.com

ISBN: 978-84-125037-6-0

Depósito legal: M-1219-2024

Piezas Azules llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

A Daniela y a Julio

ÍNDICE

EL SUICIDÓMETRO	15
FRANK AND ELSA	37
BEATRIZ	43
LA SORPRESA	49
LA LENGUA	59
LAS MANOS	77
AL FINAL	83
LA SOMBRA DEL HÉROE	95
LA CREACIÓN	101
COLIBRÍ	107
THE ENDS	113
LA NANA DE MOEBIUS	131
LA REALIDAD	133

*...Quiero llorar porque me da la gana,
como lloran los niños del último banco,
porque yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja,
pero sí un pulso herido que sonda las cosas del otro lado.*

Federico García Lorca



EL SUICIDÓMETRO

A Marta

1

Lucio descarta la electrocución y el precipicio. Sí ha considerado estamparse con el coche contra uno de los pilares del puente, casi por rutina, como quien pasa por la oficina de correos y se acuerda de ese paquete que lleva un año queriendo devolver. A veces acelera en ese punto de la ruta 405 que tiene ya seleccionado entre Atlantic Avenue y Pacific Highway. Imagina que un volantazo le llevaría fuera de la calzada y fuera de la vida en un instante. El coche quedaría destrozado en un terraplén y no pondría a nadie más en peligro, aunque, por otro lado, ha visto en películas (como en *The last seduction*) lo milagrosos que pueden llegar a ser los airbags, y su coche es moderno, demasiado seguro quizá, y Lucio tiene miedo a sobrevivir. No le convence, en el fondo, un fin instantáneo: quisiera poder apreciar cómo la vida le deja para poder despedirse. Le atrae por eso el tema químico. La heroína, por ejemplo: nada mejor que decir adiós ingresando poco a poco en la eternidad. Le echan atrás cuestiones prácticas, como tener que averiguar cómo conseguir droga en esta ciudad. Un absurdo pudor le aplaca y le deja en su sillón. Siente su angustia agazapada detrás del esternón, con las uñas llenas de mugre, como si todo él, todo su cuerpo, no fuera otra cosa que la membrana de su propia tristeza. A veces piensa en estas cosas. A veces piensa que es su propia depresión, retorcida como la parálisis de un dedo, la que le impide dar el paso. Matarse como una

acción para él ciclópea, imposible; al mismo tiempo, el único remedio. Otra paradoja: pensar en su suicidio es la única actividad apetecible y, en el fondo, urdir su final le acaba salvando.

Al entrar el otoño, eso sí, todo se hace cuesta abajo. Cuesta abajo hacia la muerte, claro. O podría decirse que la vida se le hace más cuesta arriba. No. Así no. Más arriba aún: una pared vertical casi, lisa, engrasada, inexpugnable. Siempre fue así. El otoño siempre es una época de suicidómetro por encima del cinco, con índice creciente hasta enero. Diciembre, con sus cielos apagados y el verano en lo más hondo de la boca del ropero, es un mes para aguantar la respiración con la mirada fija en el siguiente solsticio y con mucho cuidado de no derramarse el café sobre el pie, de no desencajar la sábana de abajo; con mucho cuidado de que no pasen esas cosas que parecen pequeñas pero que para él pueden detonar la crisis definitiva. Tiene que pensar en la noche más larga como una especie de bautizo de la luz. La luz que seguirá creciendo y aprendiendo a andar entre pelusas de polen a lo largo del año, y después a hablar, hasta que llegue el otro solsticio de junio: las jacarandas en flor y ver cómo las cosas se tuercen, ver que empiezan a decaer hasta el barroco sin concesiones del nuevo otoño, y otra vez vuelta a empezar.

A veces piensa que, a pesar de vivir alienado en una urbe monstruosa, a pesar de encarnar además el enigma irresoluble del migrante, quedan esas cosas en él como de un mundo antiguo, cuando se asaba la carne con fuego y había un líder tribal y un sabio hechicero y bajo las estrellas se dirimía si salir a cazar al amanecer. Una época en la que los solsticios marcaban la agenda de los dioses y la vida era sencilla como el agua y la carne, y quizá la muerte sobrevenía de manera más temprana,

más tajante, a una edad en la que apenas el cuerpo fibroso empezaba a debilitarse y no tenía sentido pensar en el tiempo.

A menudo pensaba en la vejez como una anomalía; en la vida como un camino fatal hacia la imperfección. Eso tenía mucha culpa de lo que le pasaba. Una amiga se lo explicó en España hacía un lustro: existe una explicación al hecho de que cada año se nos pase más rápido. Por ejemplo, los tres meses del verano cuando tenemos un año constituyen el 25% de la vida. A los cinco años los tres meses del verano son el 5%. A los setenta años, el 0,35%, y así sucesivamente. El límite del verano cuando nuestra edad tiende a infinito es cero. Puede decirse que un hombre inmortal no vive en absoluto. Un óvulo recién fecundado es milagroso porque contiene la eternidad matemática. No hay mayor misterio que pensar en el umbral que una criatura atraviesa entre la nada y la existencia. La muerte es nuestra única redención. Es volver al hogar.

A veces Lucio se duerme arrullado por estas ideas. Este año, quizá porque ve cómo se afianza en él la decadencia, está aún peor. No se soporta. El suicidómetro es una de sus imágenes obsesivas: un indicador de aguja que, como habrás supuesto, mide entre el cero y el diez sus ganas de matarse. Aunque de momento nunca ha pasado del ocho y medio, hay días, como cuando tiene resaca, en los que la aguja llega dulcemente a la zona roja. Nunca le queda claro si no merecería un índice mayor el mero hecho de imaginar —sólo imaginar— cosas como la cuchilla de barbero que, excitada en su lento y hondo recorrido, hiende un tajo caliente que se va abriendo paso como una proa todo a lo ancho de su cuello atlántico. Se pregunta si es necesario para llegar, digamos, al nueve y medio, levantarse del sillón uno de esos días de ansiedad, levantarse esta vez sí de verdad con las paredes pegadas a

la cara, levantarse con las paredes como una bolsa de plástico que le asfixia y esa presión en la garganta, no imaginar sino levantarse e ir al baño dando tumbos y comprobar que no encuentra la cuchilla que imaginaba, y sentirse decepcionado y pensar, al menos pensar, en comprar una nueva. Le queda esa duda. Supone que para dar el paso definitivo el indicador ha de desbordar el suicidómetro, reventarlo más allá incluso del diez. Quizá para que se abra paso el abismo de la muerte sea preciso trascender ese lugar que desafía las normas de lo que se puede medir. Tiene miedo a subir la media por encima del cinco y que entonces un día, un mal día, un buen día, quién sabe, la aguja del suicidómetro traspase el diez y se precipite entonces el último viaje con el sol pegado a los ojos.

Lucio piensa en hacérselo ver. Porque es humano, porque un mensaje a su amiga Sofía no puede hacer daño, pero entonces se desencadenan los acontecimientos y esta le pone en contacto con Miren, una amiga psicóloga que puede trabajar por videoconferencia. Sesenta euros la hora. Una vez por semana.

Lucio quiere que sea alguien en España quien lo vea. Cree que es importante compartir ciertos códigos culturales para que la terapia sea efectiva. Explicar lo que le pasa en inglés se le haría difícil. Además, no se sentiría libre a la hora de hablar, precisamente, de su condición de migrante, que cree que es uno de los factores que han terminado complicando las cosas. La migración, la edad, el divorcio, la maternidad de su exesposa, la izquierda, su historia familiar, el acoso laboral, sus elegantes deducciones matemáticas... Hay mil cosas. Quién sabe. Para eso va.

Marta parece muy maja. Se ponen de acuerdo por mensajes de texto para verse a las ocho de la mañana de él,

cinco de la tarde para ella del próximo día. Lucio se pone muy nervioso. Pensaba que no sería tan inmediato, que habría un trámite tedioso, no sabe por qué, pero lo cierto es que ya tiene el enlace a la reunión virtual en su email. Así de fácil.

Se levanta a las siete, va al baño, se pone a hacer algo de desayuno (unas tostadas de pan de centeno es el nuevo plan para bajar de peso) y de pronto se da cuenta de que se ha confiado un poco y llega tarde a la cita. Pone el portátil sobre la mesa y percibe un crujido bajo la superficie metálica. Hay migas y granos de sal en la madera. Al poner el ordenador encima, los granos de sal lijan el barniz con unos chirridos mudos que siente como si retumbaran en su corazón. Le tiemblan las manos. Lucio sabe que no debe y no quiere mirar pero mira los cojines del sofá, completamente descolocados, algunos en el suelo; una montaña de ropa sin doblar en el sillón orejero; el parqué lleno de tierra, de migas, de polvo sin solución; la mesa de centro con las manchas de yogur petrificado; una caja de clínex que tapa la tele; la columna de libros sin leer en la mesilla auxiliar; una mandarina en el suelo. Mira pero no quiere porque sabe que en seguida va a perder el control. Cierra la pantalla del portátil brutalmente: como un cepo. Va a la cocina a por un trapo y empieza a marearse. Comprueba que el único que hay huele a podrido y entonces lo tira con tanta fuerza a la pared que se lesiona un hombro. Se apoya con una mano en el marco de la puerta y empieza a decirse vale, vale, vale, ahora qué tengo que hacer, a ver, qué hago qué hago qué hago, me estoy poniendo nervioso, muy nervioso, me estoy poniendo mal, muy mal. Se le nubla la mente: ¡Joder! ¡Joder! Piensa de nuevo en el trapo, podrido, sin lavar desde hace meses, mira a su alrededor la mesa llena de miles de objetos el yogur un pimiento que lleva en la encimera semanas partido por la mitad

los plátanos negros en el frutero llenos de moscas el suelo con goterones negros el cristal roto de la ventana. Piensa al mismo tiempo en todo el desastre en la mesa con la sal y las migas y su cara sin afeitar desde hace semanas aunque a él no le gusta la barba. Se marea más. Está gordo. Se pone a gritar. Se pone a llorar. Mira a la pared como si fuera su cara y le da un puñetazo que le destroza los huesos de la muñeca. Se revuelca en el suelo, sollozando, pataleando como un niño enrabiado, con chorros de lágrimas que le consuelan. Dulcemente.

De pronto escucha que merodea al otro lado de su ventana el vecino. Se calla. Se sienta apoyando su espalda en la despensa con las manos en la cara, como quien espera un tren cuando era joven y se queda ahí gimiendo lo más callado posible un buen rato, ya más aliviado, sin pensar en nada.

Es posible, al parecer, no pensar en nada.

Un rato más tarde empieza a surgir de su muñeca una aureola de dolor. Saca como puede hielos de la nevera. Unos minutos después, se está masturbando en el baño con su mano sana sin éxito mientras defeca y se va a la cama a intentar desaparecer.

Nueve y medio.

Al día siguiente le despierta un dolor horrible en la muñeca. Va a urgencias como quien acude a una madre. En la sala de espera para los rayos X ve a una mujer deforme, una mujer mayor a la que le cuelgan las piernas que balancea con sus medias de rayas como una niña. Tiene el cráneo blanco y puntiagudo por la parte de arriba, como un huevo, y, justo delante de la silla, un andador. Sonríe con sus dientes negros de miniatura que parecen todos colmillos. La acompaña una muchacha joven, robusta, morena, con el pelo cardado. Es ese tipo de persona que uno no puede imaginarse triste. Las dos

no paran de hablar de un día en que la joven fue al doctor y había una mujer mayor que se llamaba exactamente igual que ella. La anciana tiene una anécdota similar: mujeres de su familia que se llamaban todas Verónica, llegadas de Ucrania hace más de un siglo. Cosas así se cuentan, y están felices, como si en lugar de una clínica les rodeara un hogar cálido. Una mesa camilla como la de la tía Chelo, piensa Lucio.

En la sala de espera, un lugar tan adecuado para pensar, le parece demasiado gastar 240 euros cuando en realidad nunca se permite ningún lujo. Se le hace una obscenidad de burgués que nada tiene que ver con sus ideales.

Ya ha vuelto de la consulta. Se despidió de la mujer deforme con una gran sonrisa. Fractura del escafoides, le han dicho. Nada grave. Venda por unas semanas y cabestrillo los primeros días. En el parte médico figura el motivo de la lesión: *he punched the kitchen wall*. El médico de cabecera, sin embargo, el doctor Leopold, no se interesó por su salud mental. Debe ser medio habitual que la gente ande por ahí quebrándose el escafoides a puñetazos.

Bueno. A lo que vamos es que ya está en casa. Sonará raro, pero Lucio llega contento. Ha hecho algo por sí mismo, ha acudido a los mimos de plástico de la sanidad privada; pasó la tarjeta de crédito por la ranura como si se estuviera haciendo un regalo indispensable, casi como si se estuviera abrazando cálidamente. Y, además, hay algo que sabe que le salva la tarde: hoy es el día que se estrena en una plataforma digital una película que lleva mucho tiempo queriendo ver. Ha decidido darse otro mimo adicional y pagar la mensualidad, aunque sólo sea para poder ver ese film basado en un cuento que le encanta y en cuyo guion ha trabajado la misma escritora. La expectativa de una buena sesión de cine en casa ayuda a

que poco a poco los acontecimientos sórdidos del día anterior empiecen a disiparse del mismo modo en que se disipan las primeras páginas de la mente de un lector de un cuento más bien largo.

Llega a casa contento. El cine ha sido una de sus tablas de salvación. Lucio ve películas como quien emprende un viaje. Hay algunas escenas particularmente que le emocionan no por la trama, no por la actuación, sino porque en ellas se abre una densidad poética de agujero negro, desaparece la dimensión temporal y Lucio deja de ser él, algo muy deseable para un depresivo pero que por lo general no le viene mal a nadie. Esa sensación de regreso a la casa, a la eternidad del cigoto que fue, suele durar pocos instantes y le desespera notar muchas veces que va a entrar en un trance filmico como el descrito y que, al hacerse consciente del mismo, termina por no acceder a él.

Hoy le pasa algo distinto. También relacionado con el cine, pero distinto. Está viendo la película. Por desgracia, no le está interesando mucho. Se imagina de pronto una cámara en la esquina del techo de la sala que capta una imagen de sí mismo en su sala de estar, sobre su sillón, en plano picado. Cambia su postura para que resulte más estética. Se quita un cojín de la axila. Se yergue. Se recoge las rodillas con los brazos en la *chaise longue*. Mira a la cámara imaginaria con el ceño levemente inclinado. Dirige hacia su rostro ladeado la cabeza de la lámpara de la mesilla. Se dibujan en su cara unas sombras maravillosas, casi expresionistas. Acción.

Lucio cae en la cuenta de que todo resulta mucho mejor si nos imaginamos a nosotros mismos como parte de una película. Se le hace su propia vida, su casa, con una banda sonora apropiada, además, una película potencialmente

sublime. Lucio, por primera vez en mucho tiempo, siente que baja de cuatro, que está feliz, que ronda el cero en noviembre. Inmediatamente se pone a llorar por la pena que le da no haber estado feliz en tanto tiempo. Y luego se pone a reír por lo absurdo y lo cómico de todo ello, y se levanta y se imagina protagonista de la película de su vida, casi siempre en contrapicado siente una música de vals; un enjambre de luces de colores gira en torno a su rostro y la cámara sube casi hasta el cénit que gira y gira distorsionando verde rosa amarillo azul anaranjado y magenta su entorno, y la sonrisa en el centro, la sonrisa de Lucio que baila y llora en el centro de su salón, su salón ayer tan enfermizo, su salón ayer tan cualquier salón y hoy el escenario de una escena sublime y esas luces de colores.

240 euros. Está bien. 281,38 dólares.

Cuando se va a la cama sin beber ni fumar ni cenar, Lucio todavía no sabe que mañana lo despertará un haz de luz en el que nunca antes había reparado. Un haz que se colará por la ventana con las cortinas mal echadas y que irá a parar a un sol en el cuadro del derviche que le regaló su amigo Dave. Un haz de sol a sol que durará pocos instantes.

Unas horas más tarde, hacia el mediodía, llamarán a la puerta. Será su vecino, Russell, con su cráneo rapado y deforme, que le pide permiso para pasar al jardín y revisar los fusibles. Lucio dirá claro, claro, con desgana. Después, se irá a la cocina a preparar agua para el té. Dejará correr el chorro esperando a que se ponga caliente y, justo cuando empiece a surgir el vapor y la ventana se empañe, tendrá lugar la conexión: Russell es fotógrafo, 281,38 dólares al mes, la escena del agua humeante, la felicidad de ayer. Un rato después, cuando Russell vuelve a pasar por su puerta, Lucio lo esperará apoyado

en la columna blanca del porche. Y entonces le propondrá el negocio. Russell, que lleva en paro casi un año, dirá que sí inmediatamente, a condición de que Lucio se haga cargo de los gastos de impresión. Lucio estará de acuerdo.

Entonces puede decirse que comienza una nueva etapa de su vida que amerita el protocolo de apertura de un nuevo capítulo que además se titule: “Capítulo 2”.

CAPÍTULO 2

Bueno. Igual no se ha explicado bien del todo. Lo que pasa es que Lucio, sin mucha premeditación, se dirigió a su vecino, fotógrafo en paro (sobre todo de bodas y eventos), y le ofreció el extraño negocio de seguirle el rastro con la cámara y tomarle algunas imágenes. En principio, fotos, pero quizá más adelante consideren el vídeo. Lo dejaron en hacer una prueba a ver si los dos se sentían cómodos, y luego ir improvisando.

Después de un par de entregas, con fotos en el supermercado, en el jardín, recogiendo el correo, fumando un porro a través de la ventana de la cocina y saliendo del coche, le dijo a Russell que se sintiera con toda confianza de entrar en su casa para seguirle en su intimidad. Russell se comportó como un verdadero profesional. Nunca hizo un comentario indiscreto. Apenas hablaba. Lucio le pagaba puntualmente y él no se demoraba en las entregas, que recibía Lucio en su correo electrónico los martes por la noche.

Lucio, es cierto, se llevó algunos de los sustos más grandes de su vida, como el día que estaba tomando un té en el jardín con la bata puesta y una mano metida en el pantalón y de pronto Russell cayó a plomo desde una rama alta del ficus